

Oswaldo Carpio

LIMA 1990 ... FICCIÓN ...

Francisco, uno de los tantos niños que viven en los tugurios del populoso barrio de La Victoria en Lima, sueña con ser futbolista, ser estrella. Delgado, pequeño, magro, mestizo, sus doce años le sientan bien, especialmente porque todos creen que tiene menos. Eso lo hace más simpático aún.

Francisco, al que todos conocen como Pancho, ha salido de su casa después del almuerzo, para unirse a los barristas de su equipo favorito, que juega uno de los partidos claves del campeonato.

Es invierno y Lima y su cielo se tiñen de gris panza de burro. Las calles están oscuras pese a que son las tres de la tarde. Al llegar a la Av. Gamarra, se dirige al cruce con 28 de Julio. Allí, donde el trajín humano es desbordante y caótico; pululan camiones, microbuses, comerciantes, prostitutas, delincuentes, fieros guardianes armados con "verduguillos", pájaros frutereros, policías; allí en la esquina con 28 de Julio, Pancho se detiene a contemplar una grande y vistosa vitrina. Es una casa comercial dedicada a la venta de artículos deportivos y en donde destaca el uniforme completo del equipo del que es fanático.

Mientras Pancho contempla el uniforme, las fotografías, posters y artículos deportivos, un hombre ha llegado a la esquina y lo empieza a observar; este hombre, que espera a alguien, no le pierde la mirada. En la misma esquina, a la espalda de Pancho, se detiene un taxi casi nuevo, sin placas de rodaje, que se mueve en el tumulto con dificultad, pero con un chofer muy seguro. La vitrina, que sirve de espejo, permite ver que baja una mujer blanca, bien vestida, con pantalones vaqueros, casaca y zapatillas. Lleva una bolsa grande. El taxista se aleja lentamente, esperando a la mujer cincuenta metros más adelante. Ella se dirige al primer individuo, y después de intercambiar breves palabras, saca de la bolsa un paquete que se lo entrega. Pancho ha mirado pero no ha visto nada. El sigue pensando en su equipo y en el partido de ese día.

La mujer se aleja luego del "contacto" y ahora es el hombre, de edad mediana, contextura fuerte, cabellos muy recortados y de cierta dureza en el rostro el que se dirige a Pancho y le propone que le haga un trabajito. Pancho volteo sorprendido al llamado del hombre. Este quiere contratarlo para que él lleve un regalo a una amiga. Se trata de un regalo especial, delicado y fino, que quiere entregarlo de sorpresa. El hombre le ofrece una buena paga. La respuesta de Pancho es tajante, no puede llevarlo porque hoy hay un partido clave y tiene que entrar al estadio con los barristas. El desconocido insiste, aumenta la suma. Pancho duda pero le pregunta el por qué él mismo no lleva el regalo a su amiga. El hombre es convincente: es una sorpresa y si él va deja de serlo. Pancho no sabe qué responder, no se decide. El desconocido saca un nuevo argumento: le compra el uniforme de su equipo favorito, al que ha visto que miraba más que interesado. Pancho está sorprendido y maravillado. Lo que él quería hacía tiempo: ¡el uniforme de su equipo! Pancho esta vez acepta pero el desconocido es muy claro. El uniforme se lo entrega al día siguiente, cuando haga el trabajo, mientras tanto, le adelanta una suma pequeña para su pasaje y algo más. Pancho no acepta y decide irse. El desconocido cambia de táctica: le compra de inmediato la casaquilla y al día siguiente el resto del uniforme más sus pasajes y propina. Pancho esta vez acepta.

Con la camiseta de su equipo en las manos, Pancho recibe el dinero para su pasaje y las últimas instrucciones: que cuide la caja, que sea puntual, que la entregue no después de las 7 de la noche ni antes de las 6⁵⁰ de la tarde, porque si no, si pierde el encanto de la sorpresa. El regalo es delicado y debe cuidar la caja.

El desconocido se aleja. Pancho es una fiesta. Se dirige al estadio en donde lo esperan sus amigos de la barra. Pancho decide ponerse la camiseta de su equipo. Sus compañeros con tambores, bombos, bocinas, cajones, vinchas y banderas, lo saludan y esperan entrar con él. Pancho sabe que no puede entrar, pero pregunta por la hora en que termina el partido: 7¹⁵ de la noche. De todas maneras duda. Sus amigos intentan convencerlo, pero al final piensa en el uniforme completo del equipo. Le hacen bromas por la caja, quieren quitársela pero se defiende.

En ese tumulto de los barristas a la entrada del estadio, la policía se ha desplazado para poner orden. Uno de ellos se interesa por el paquete pero sin ninguna buena intención. Pancho logra eludirlo y se va.

Pancho sabe que todavía es temprano, que tiene todavía tiempo por delante para dejar la caja; pero no puede llevarla antes de la hora indicada. Se imagina una mujer bonita recibiendo el regalo.

Camino hacia el paradero, en la parte posterior del estadio, un grupo de niños, sus amigos, se disponen a jugar un partido de fútbol. Son los niños que

entran en la llamada "segundilla" y juegan su partido paralelo al partido profesional. Sus amigos lo rodean, lo invitan a quedarse a jugar. Le hacen bromas por la caja y la camiseta; que se quede a estrenarla, a sacarle brillo. Pancho pregunta por la hora. Responden que el partido termina temprano para poder entrar a la "segundilla" y ver algo. Pancho duda. Le bromean por la caja, se la quieren quitar. Pancho la defiende como si fuera lo más importante de su vida. Le insisten en que se quede, que luzca la camiseta. Después de mucho dudar, Pancho acepta, se queda. El es líder del grupo y se organizan los equipos.

Pancho deja la caja al cuidado de un niño de 8 años, uno de los más pequeños que no juega y que mira el partido desde un costado. Un viejo, que merodea el lugar, mira con alegría y tristeza a los niños. Es el único adulto en el lugar. La gente pasa a los lejos con sus banderas y cánticos.

Los dos partidos empiezan simultáneamente, el del estadio y el de los niños. Se oyen vítores, canciones, banderas, pica pica, música, gritos ... El partido entre los niños es interrumpido por los gritos violentos del estadio, los que se mezclan con los de los niños. Explodian petardos lanzados por los barristas. Los niños ríen alegres cuando eso ocurre. Los dos partidos están muy reñidos. Los niños juegan con alegría y picardía, imitando a los jugadores profesionales que están en el campo de juego. Pancho está orgulloso. Mira de rato en rato la caja al cuidado del más pequeño. La pelota pasa cerca del niño que la cuida. Pancho está preocupado. Se quiere ir, pero el partido está muy reñido, como en el otro campo; a él no le gusta perder y por eso se queda. la hora va pasando, el partido no termina.

Los niños quieren ir a la "segundilla", el partido ha terminado. En el estadio el juego está tenso, nadie se mueve. Los niños corren para ver algo, no esperan a Pancho, lo apuran. El no va. Pregunta por la hora, es demasiado tarde para ir. Su amiguito ha dejado la caja junto a una piedra, en uno de los arcos. El viejo no se ha ido, continúa mirando todo. Pancho se limpia la ropa, alisa la camiseta contra su cuerpo, se siente orgulloso, recuerda al hombre, los útiles deportivos y el uniforme completo de su equipo, el taxi que se aleja, la mujer ... cuando avanza hacia el paquete, se escucha el estallido de la multitud que grita el gol y una violenta explosión en la canchita de fútbol.